

Juan Pascual Gay.

*Paisajes y géneros literarios. Ensayos de geografía literaria.*

San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2009, 109 pp.

Las publicaciones en torno a géneros literarios se asocian, la mayoría de las veces, a una preceptiva que intente dilucidar de una vez por todas, teóricamente, los distintos problemas para su definición y estudio. Con una larga tradición en la literatura, desde Aristóteles hasta teóricos modernos como Emil Staiger, Wolfgang Kayser, Tzvetan Todorov o Gérard Genette, las perspectivas que han mostrado interés por establecer las condiciones necesarias para delimitar esta categoría formal, el género literario, han sido diversas.

Ya el título del libro, *Paisajes y géneros literarios. Ensayos sobre geografía literaria*, sugiere una intención que va más allá de un fin normativo y pone de manifiesto una actitud crítica que se centra sobre todo en el tratamiento de los géneros literarios a partir de la identificación de un determinado género con un paisaje. Y, al igual que los géneros, la noción de geografía literaria da cuenta de una larga tradición en los estudios literarios. Asociado comúnmente con la configuración de espacios, reales o imaginarios, construidos o mencionados en la obra literaria. Se pueden encontrar estudios encaminados a señalar la manera como está retratado un país o una ciudad, según una obra particular. El tratamiento tanto del problema de los géneros literarios como de la geografía literaria de una forma original dota a esta obra de un atractivo particular.

Establecer una relación entre determinados paisajes y un género literario es una de las prioridades de este libro. Está formado por cinco ensayos hasta cierto punto autónomos: “Paisaje, viaje y géneros literarios”, “La isla desierta o el diario privado”, “El acantilado o la autobiografía”, “La frontera o el reportaje” y “El desierto o el ensayo”.

La diferencia de este libro con otros estudios acerca del problema de los géneros literarios es este esfuerzo por encontrar las posibles

coincidencias entre los diferentes géneros literarios, enmarcados en un paisaje asociado ya con una subjetividad. El primer ensayo plantea la justificación de esta relación que toma distancia de cualquier afán gratuito y azaroso. La consideración del paisaje, sobre todo a partir del Romanticismo, como una valoración subjetiva, presente en la literatura es uno de los problemas que desarrolla en este primer ensayo. Dice Juan Pascual Gay:

Desde el Romanticismo, parece claro que la naturaleza ya no es esa realidad independiente y separada del sujeto, sino precisamente un referente hacia el que el hombre proyecta sus estados de ánimo hasta el punto de que se volvió habitual la identificación de determinados accidentes naturales o climatológicos con estados propios de la subjetividad (11).

Uno de los ejes no solamente de este primer ensayo, sino de cada uno de ellos se encuentra en el interés en el Romanticismo. Alejado, como advierte el mismo autor, de un afán académico y exhaustivo, la obra pone sobre la mesa esta relación entre literatura y paisaje. Pero la consideración del paisaje como una síntesis o una expresión de determinado estado anímico introduce el viaje como un tema clave para la concepción de determinados géneros. El énfasis que se da a la figura del héroe romántico logra visualizar la relación entre espacio y tiempo que permiten la configuración de uno u otro género. Escribe Pascual Gay a propósito de la imagen del héroe romántico: “Un héroe íntimamente ligado al sentido del viaje y de la aventura. La iconografía romántica suele presentar, la silueta de un buque sometidos a los azares de alta mar” (13). Las acertadas referencias a la iconografía romántica logran poner en perspectiva la tesis principal del ensayo.

Resulta un acierto la vocación por aportar determinadas ideas a la discusión, plantear determinados problemas, lejos de establecer soluciones tajantes. Y es claro el autor al delimitar los alcances de la obra:

Es cierto que no he buscado en ningún momento ni la exhaustividad ni un discurso teórico académicamente riguroso y exigente. Por eso, estos ensayos tratan de dar cuenta de algunas coincidencias, aunque también desvelan muchas diferencias entre los términos comparados. Además, el carácter del género literario, cualquiera que sea el que se trate por establecido o fijado que parezca, siempre es de naturaleza móvil y proteica, lo que dificulta un trabajo de este tipo por las numerosas excepciones que proceden y también numerosas objeciones que surgen a muchas afirmaciones. [...] Es un ensayo y pretende aprovechar la flexibilidad del género para presentar algunos asuntos que de otro modo difícilmente se hubieran podido tratar (15).

Esta intención privilegia un estilo fluido en donde las referencias bibliográficas se insertan en el cuerpo del trabajo, lo que favorece una lectura dinámica y dota a la obra de un carácter abarcador y conciso.

La consideración de estos géneros como “géneros del yo”, con sus distintas realizaciones y características, llama la atención por las distintas implicaciones que se desprenden de estos tipos de géneros. Las figuras del naufrago y el nómada son claves en el desarrollo.

La relación espacio y tiempo que se trata específicamente en determinados géneros aporta una reflexión importante para el estudio. Así, el diario es identificado con la isla, con el naufrago. En el diario se lucha ante la amenaza del olvido y entonces: “Escribir un diario es siempre un volver a empezar y es sólo este recomenzar lo que justifica su escritura, porque el tiempo de la escritura es siempre el presente: si no, no es un diario” (36).

El deslinde que se hace de cada uno de los géneros por medio de esta comparación espacial puede considerarse uno de los aciertos pues logra poner de manifiesto los límites a veces confusos entre determinadas formas u otras. Por ejemplo, se pueden encontrar afirmaciones como la siguiente:

La autobiografía como el acantilado es una atalaya desde donde divisar la propia vida, de la misma manera que desde el acantilado se divisa el paisaje de fondo. Pero la Confesión no es un espacio desde donde divisar o contemplar

únicamente lo que ya pasó, sino que más bien es un género al servicio del porvenir pero que necesita de ese pasado para proseguir (73).

“La frontera y el reportaje” es el único que incluye una bibliografía en donde se señalan las referencias de manera específica y se centra en la figura del periodista polaco Ryszard Kapuscinsky. La frontera, un espacio que identifica con el nómada, donde se resalta su carácter transgresor. Este sentido de transgresión lo diferencia de otros géneros, pues “cruzar la frontera es desgajarse, separarse, desprenderse; una experiencia que traspasa a quien vive en una isla” (85).

La alusión de manera global a los demás géneros que se hace en el último apartado, “El desierto o el ensayo”, como géneros del yo, es una de las aportaciones que más llaman la atención por ser estos géneros los más socorridos por los románticos y que siguen siendo tema de discusión para definir o caracterizar determinadas épocas; por ejemplo, las discusiones en relación con la preferencia de determinados géneros que se consideran emblemáticos de una época o que en cambio son poco utilizados. Comienzo, clausura, transgresión y supervivencia son las actitudes con las que se pueden resumir los diferentes paisajes y géneros literarios.

Al ser un libro con abundantes referencias a pinturas y a espacios determinados resulta extraño no encontrar ilustraciones. Sin embargo, esto es un acierto, pues concuerda con este carácter abierto del ensayo, dando la posibilidad al lector de hacer sus propias búsquedas y preguntas en torno a los temas planteados en la obra.

Es un ensayo que, si bien cuenta con una reflexión e investigación considerable en torno al tema de los géneros literarios que lo vuelve una referencia para los estudiosos del tema, su estilo permite también una lectura accesible para lectores menos familiarizados con la literatura.